

UNA REFLEXIÓN SOBRE EL TEMA VOCACIONAL EN LATINOAMÉRICA

Fr. **Carlos A. Espinoza Ibacache**, O. de M.
mercedario

1 UNOS DATOS INICIALES

Más de mil millones de los 6.047 millones que pueblan nuestro planeta son católicos, es decir, han sido bautizados en la Iglesia Católica. Eso significa que de cada 100 personas 17 son católicas. En América viven 530 millones de católicos y constituye prácticamente la mitad de los católicos a nivel mundial. En Europa el crecimiento es escuálido. En nuestro continente 63 de cada 100 habitantes son católicos, quienes representan un 62,84 % de la población. El 49,7% de los católicos vive en el Nuevo Mundo.

Respecto a los religiosos hay que decir que hay un innegable descenso. En 1978 eran 1.225.056, en el año 2000 eran 995.639, es decir, 229.417 religiosos menos. Entre los años 1978 y el 2000 la vida religiosa había sufrido una pérdida numérica de un 18,73% de sus efectivos. El mayor porcentaje de esta disminución ha afectado a los religiosos varones no ordenados. Los religiosos laicos han bajado de 75.802 a 55.057, es decir, un 27% menos. Les siguen las religiosas que han sufrido un descenso de un 19,13%. Este descenso ha sido menor entre los religiosos sacerdotes. En el año 2000 eran 139.397, un 12% menos que en 1978. Esta disminución es más llamativa si consideramos que el clero secular ha aumentado en un 1,26%.

En América vive en el año 2000 un 29,66% de los religiosos, mientras que en 1978 vivían un 30,90%. En Europa un 45,34% en el 2000 y un 53,83 % en 1978.

En nuestra América en 1978 eran 300.489 religiosas, en el 2000 eran 232.986, un 22,46% menos. Religiosos laicos eran 23.747 en 1978, en el 2000 eran 16.615, un 30,03% menos. Religiosos sacerdotes eran 54.187 en 1978, en el 2000 eran 45.720, un 15,63% menos. Así el total de religiosos y religiosas eran de 378.423 en 1978 y en el 2000 eran 295.321, un 21,96% menos.

Prácticamente se percibe una tendencia general a la disminución de los sacerdotes religiosos como una tendencia constante, mientras el clero secular sigue creciendo aunque en términos pequeños. Un dato no menos importante es el significativo y sostenido aumento de los diáconos permanentes, institución desarrollada sobre todo en nuestro continente donde vive el 66% de los diáconos de la Iglesia. Europa es el otro lugar donde crecen con un 31,7%. De esta manera de cada 100 diáconos sólo tres viven fuera de América y Europa.

Estas cifras pueden sufrir una variación entre los años 2000 y 2005. Son sólo indicativas y cada congregación, orden e iglesia particular puede sacar sus conclusiones con datos más precisos y en terreno.

2 UNA REFLEXION NECESARIA

Ciertamente cada congregación y orden han vivido y viven la situación de la salida de algunos de sus miembros. Cada cierto tiempo el fenómeno se repite. Una descripción de las situaciones particulares de estas salidas sería interesante. ¿Quiénes abandonan la vida religiosa y el sacerdocio? Son muchas veces hombres recién ordenados sacerdotes, con pocos años de experiencia ministerial, aunque con una buena cantidad de años en una congregación. Pero también son hombres con cierta cantidad de años, pasados los cuarenta de edad. Muchas veces

son salidas inesperadas, verdaderos vuelcos en la vida de unos hermanos que, en apariencia, era bien llevada. También abandonan personas significativas dentro de la congregación o provincia. Salen personas preparadas, con toda una trayectoria de aportaciones valiosas al instituto y a la Iglesia. No deja de ser preocupante las salidas antes del año de ordenados sacerdotes o a meses de los votos solemnes o perpetuos. Cada uno de ustedes podría recordar particulares salidas en sus regiones que han inquietado a los que quedan.

¿Cómo reaccionamos ante las salidas de miembros de la Orden? Nuestras reacciones van desde la indiferencia hasta la culpabilización extrema. Casi siempre nos llenamos de preguntas, cargadas de culpas comunitarias, pues tendemos a liberar las tensiones que estos hechos nos provocan. En otras ocasiones, se agilizan los comentarios en voz baja buscando afanosamente los detalles que hagan atrayente la salida. Hay una radical desconfianza en la voz oficial de los superiores mayores y siempre se está suponiendo ocultas tramas que se guardan para no destapar el tremendo asunto de la vida privada del que abandona. Se revela un grave desconocimiento de las personas en su mundo más personal y las comunidades se conforman con un vago conocimiento y relaciones formales y estructuradas. En el caso de las salidas de miembros del instituto queda al descubierto el clima poco profundo de relaciones auténticamente fraternas, los individuos pasan por las comunidades desempeñando funciones, haciendo pastorales pero prácticamente solos afectivamente hablando. Surge el desconcierto y con facilidad el que abandonó termina siendo mejor que los que se quedaron. Éstos se interrogan por aquello que dejaron de hacer o hicieron con el hermano que abandonó. Es posible que se busque afanosamente un responsable del hecho. Puede ser culpable el maestro de novicios, el de profesos, el provincial de ese tiempo, el superior local, un grupo del gobierno, etc. También se puede culpar a la parroquia, la pastoral juvenil, la orden tercera, las visitas a las familias, etc. De esta manera se cae en la llamada dinámica del "chivo expiatorio" que libera de la sensación de cargar con la culpa ajena, con esa sensación de fracaso colectivo.

Pero también las salidas de miembros, generalmente en plena etapa de madurez, nos provocan una decepción no exenta de indignación, como dice Clodovis María Boff, sobre todo, cuando la salida es inesperada como es el caso de un profeso solemne o a meses de una ordenación sacerdotal. El hecho compromete a todos los que intervienen desde los formadores, pasando por los directores espirituales, los superiores y sus consejos, la comunidad local y la misma familia religiosa. Una salida es un fracaso de años de trabajo, un proyecto de vida que se acaba, al menos dentro de la Orden. A pesar de ello, generalmente una solemnidad ampulosa, histriónica, está marcando los pasos de la vida consagrada de un formando. Todo se hace solemne e importante. ¿No habría que recuperar la sencillez evangélica que nos propone un camino de servicio y humildad como es el camino del carisma? No olvidemos que estamos ante una sociedad que privilegia las apariencias, el golpe de vista, el impacto visual, la actuación perfectamente cínica. Por otra parte, con facilidad levantamos esperanzas sobre ciertos sujetos que llaman la atención por muchos aspectos positivos. Nos hacemos ilusiones a partir de un conocimiento superficial de la persona. Ciertamente esta "imagen" que los demás hacen sobre algunos formandos les hacen mucho daño. Muchas veces funciona la lealtad malentendida, la gratitud a la Orden, el no defraudar a tal o cual hermano de la Orden. Esa actitud conduce a seguir en la comunidad, sin enfrentar los auténticos problemas que se arrastran y se cubren con un manto de seriedad y compromiso.

¿Por qué se abandona la vida religiosa y el sacerdocio? Se trata de buscar las causas del abandono. No es fácil hacerlo dada la complejidad del ser humano y la complejidad de la vocación religiosa y sacerdotal. Hay causas que tienen ganado un lugar en la opinión pública, en los medios de comunicación. Hoy, casi todos los abandonos están vinculados a dinámicas afectivo – sexuales. Se nos ha hecho normal cada vez que hay una salida con ribetes de escándalo sexual se vuelve al tema del celibato consagrado y sacerdotal como la única causa de los abandonos. Incluso en los casos donde se dan claras anomalías como es el caso de homosexualidad, abusos de menores y otras situaciones se pretende descargar toda la furia sobre el celibato sacerdotal como el causante de los problemas.

Sin embargo, el tema vocacional es una realidad muy compleja como lo demuestran las ciencias humanas cuyos aportes han sido decisivos y sumamente valiosos. Una mirada de la vocación sólo desde su aspecto bíblico no es suficiente, aunque absolutamente necesario. Una mirada sólo espiritual no basta, aunque la espiritualidad sea esencial para la fidelidad y perseverancia. Una mirada puramente jurídica no sirve, aunque las normas son indispensables para la estabilidad de las comunidades. Una mirada desde la psicología es muy necesaria aunque nunca absoluta. Una mirada desde la sociología ayuda a comprender que la vocación también se perfila desde el entorno socio – cultural – económico. Una mirada desde los compromisos morales de la vocación también es necesaria pero no basta. ¿Habría sólo una causa de la deserción sacerdotal y religiosa? No. Hay una concatenación de situaciones, de hechos, de supuestos y presupuestos que están incidiendo en el nacimiento, desarrollo y madurez de una vocación.

Todo esto lleva a descubrir que la vocación no es un hecho puntual. Más bien es un proceso complejo de desarrollo que va comprometiendo todas las dimensiones de la persona humana vocacionada. Y si es proceso, tiene no sólo progreso y avances, también tiene retrocesos y deterioros, crisis y soluciones parciales o completas, tiene logros o nuevas síntesis y fracasos que obligan a un completo reordenamiento. Formalmente los religiosos dan pasos de madurez vocacional con los distintos momentos que van abrazando, desde el ingreso a un instituto hasta la ordenación sacerdotal, compromisos que pueden o no coincidir con efectivos logros de nuevas síntesis existenciales. Podemos aprobar una profesión o una ordenación con claros reparos que nunca fueron tratados o fueron inadecuadamente vistos.

No deberíamos olvidar algunos hechos que están en la sociedad de hoy en la cual nos desenvolvemos. Es evidente que hay una pérdida de sentido de lo sagrado, una debilidad muy notoria de la vida de fe teologal. Es particularmente penoso descubrir este debilitamiento al interior de la vida consagrada. Vivimos inmersos en un proceso de secularización muy complejo. Hay una tendencia a perder el encanto de las cosas, hay un desencanto por los grandes ideales. Se vive en un constante movimiento de restarle importancia a lo esencial, hacerlo banal e intentar hacernos creer que todo es plano, superficial, prescindible. Vivimos de compromisos de corto plazo, todo sometido a revisión constante. No cabe dudas que el estilo de vida consagrada de una Orden no sólo se define por las Constituciones, también la vida concreta, el estilo de vida que anima a los religiosos, es importante. No sea que lo escrito vaya por un lado y la vida por otro. La psicología habla de la relación del yo ideal y del yo real. Esta misma tensión puede darse en la Orden.

3 CRISIS Y DESERCIONES

Generalmente se habla del “antes y después del Concilio Vaticano II” como punto de referencia de la ruptura de un estilo de vida religiosa y sacerdotal. La desorientación que se ha vivido en el mundo eclesiástico no es más que el reflejo de las rápidas y profundas transformaciones que hemos vivido como sociedad. El Concilio significó una apertura para la que el mundo eclesiástico y religioso no estaba preparado. En el después del Concilio la Iglesia ha experimentado grandes pérdidas o reducciones de sacerdotes y religiosos marcando una línea de descenso. Sobre ese proceso se han realizado variados estudios que no podemos referir aquí.

Uno de los estudios más luminosos es el emprendido por el P. L. Rulla quien examina la dinámica intrapsíquica que hace vulnerable la consistencia vocacional de los jóvenes formandos y los predispone a desertar del compromiso tomado o a permanecer en la perplejidad ante una elección que venía preparando desde hacía tiempo. La deserción nunca es espontánea, súbita, inmediata. Se puede decir que muchos sacerdotes y religiosos han preparado el abandono desde hace mucho tiempo.

El P. Rulla identificó esta dinámica como inconsistencias vocacionales inconscientes, factor que incide negativamente en toda situación y a lo largo de la historia.

Muchas de estas inconsistencias vocacionales han permanecido con los sujetos antes del Concilio pero ¿por qué se manifiestan después del Concilio y tan claramente? Antes del Concilio los sujetos inconsistentes se refugian o defendían tras el conformismo pasivo a las normas reguladoras y a la autoridad. La formación de entonces forjaba personas sumisas o conformistas. Era posible vivir adaptados al sistema de vida sacerdotal y religioso imperante, aunque psicológicamente se sobrellevaba una profunda incongruencia entre valores y actitudes vocacionales y las necesidades personales. Estos sujetos inconsistentes vocacionales lograban reducir la tensión entre estas dos realidades aceptando de hecho las cosas como se daban o mediante el recurso a los mecanismos de defensa.

La estructura rígida en que se daba la vida sacerdotal y religiosa, ayudaba a sujetos inconsistentes a perseverar en la vocación, porque les ofrecía ciertas condiciones externas que encubrían la inconsistencia vocacional. Cuando las estructuras dejaron de ser los puntales de la perseverancia comenzó a desmoronarse la comunidad al dejar a muchos de sus miembros al descubierto en su inconsistencia vocacional.

En el ambiente religioso y eclesiástico antes del Concilio las estructuras ayudaban a la perseverancia proponiendo el cultivo de los valores como la observancia regular, el sacrificio, la renuncia, el silencio y otros; también inculcaban las actitudes que sintonizaban con el compromiso vocacional y con las aspiraciones de la Orden o congregación, tales como el trato con la mujer, el recato de la mirada, el ir de a dos, el leer la correspondencia, el control y otras. Imperaba el concepto de la uniformidad, el sentido del bien común y siempre las necesidades conscientes o no de los individuos estaban en segundo o tercer lugar en la vida y orientación de los sujetos.

En el campo formativo antes del Concilio el tema de fondo era ayudar a los formandos a interiorizar valores y actitudes vocacionales, sin mucha relación con los procesos existenciales y las experiencias de vida.

Después del Concilio se produjo un quiebre en los estilos de vida y de formación. Muchos religiosos y sacerdotes no pudieron enfrentar los desafíos de los cambios, de la apertura y no quedó otro camino que el abandono de la vocación. No había razones poderosas, consistentes o certezas para seguir. Fue como quien abre una válvula de escape de algo que estaba retenido hacía rato.

Muchos de estos sujetos que salieron de los conventos y del sacerdocio lo hicieron con rabia, con mucha rebeldía, con rechazos. Habían estado soportando un estilo con el cual no tenían un real compromiso ni convencimiento. Entonces muchas salidas sucedieron con claras manifestaciones de estos sentimientos rebeldes provocando escándalos y dejando secuelas en los grupos eclesiales.

En nuestro tiempo hay que considerar que la relación entre los tres componentes de la psicodinámica interpersonal: los valores, las actitudes y las necesidades está alterada. En efecto, nos encontramos en un clima donde se descuidan los valores y las actitudes vocacionales, en el sentido que ya no animan existencialmente la vida de cada religioso y sacerdote, aunque se los afirma teóricamente, y cada vez más predominan las necesidades de los individuos. Así, esto se traduce en la preponderancia de elementos inconscientes en la vida de los sujetos inconsistentes vocacionales. Los ideales son cada vez menos objetivos y se van instalando los pseudovalores; en el plano de actitudes vocacionales se tiende a hacerlas coincidir con las necesidades individuales y no con los valores vocacionales. Gradualmente la persona va perdiendo el ideal y el valor vocacional. Esta dinámica puede explicar la grieta generacional que se está manifestando entre viejos y jóvenes religiosos.

Por lo general, hay un desplazamiento desde la necesidad de interiorizar los valores y las actitudes vocacionales hacia el ejercicio de la función o el predominio de la actividad. Es el activismo una válvula de escape, una huída de la tensión personal entre valores vocacionales y aspiraciones de notoriedad, éxito, reconocimiento, status, escala social que las personas consagradas buscan sin decirlo y ni siquiera darse cuenta.

Se puede decir que se produce un gradual apagón de los valores vocacionales y su reemplazo por aquellos que están más en sintonía con las necesidades individuales. Las necesidades de reconocimiento, de status, de realización personal, entendida en términos de la tendencia individualista que invade nuestra sociedad y como un fin en sí. A este proceso se le puede llamar "desencanto, desilusión, aburrimiento, vacío, mediocridad, cansancio" como nos lo recuerda el Congreso Mundial de la Vida Consagrada.

La deserción se puede explicar como la persistencia de inconsistencias vocacionales en el proceso formativo y en el tema de la perseverancia, donde el sujeto recurre a comportamientos que representan sólo un compromiso formal y que no resuelve los conflictos inconscientes. Entonces se propone una formación y una experiencia de vida religiosa y sacerdotal que parta constantemente de la necesidad de tomar la propia vida en sus manos y sacando a la luz de la conciencia aquello que permanece como conflicto en el inconsciente. Y esto difícilmente podrá hacerlo el individuo solo; deberá buscar ayuda y promover así el proceso de maduración. ¿Son los religiosos personas libres, maduras, responsables, capaces de tomar decisiones ponderadas?

La deserción deja al descubierto que las personas consagradas inconsistentes en su vocación no pueden resistir las influencias negativas que implican la apertura y el encuentro con situaciones adversas. En cambio, las personas consistentes en su vocación aprovechan estas mismas situaciones adversas como alicientes que fortalecen e integran en sentido constructivo y creativo. Las personas "protegidas" se derrumban. Los mensajes externos, la influencia del medio donde vivimos y trabajamos pueden dejar al descubierto la consistencia o la inconsistencia vocacional. El problema no está en el entorno sino en la organización y coherencia interior, el entramado de una personalidad integrada, armónica, construida en torno a las certezas o valores evangélicos, manifestada en las actitudes auténticas y en una armónica percepción de las necesidades propias siempre en relación con aquellos. A falta de esta organización intrasíquica es muy difícil la perseverancia positiva y auténtica que reclama la vida religiosa y el sacerdocio en nuestro tiempo.

Hay otros supuestos en que hemos vivido creándonos falsas expectativas. Pienso en el uso de la libertad de las personas. El simple hecho de dar una mayor libertad personal no hace automáticamente libres a las personas. Delegar responsabilidades no hace automáticamente responsables o dejar el libre fluir de las iniciativas personales no asegura mayor creatividad. Hay necesidad de revisar el estilo de vida que estamos llevando y preguntarnos si estamos ayudando a las personas a enfrentar las nuevas situaciones de vida consagrada y ministerial que hoy tenemos. ¿Es posible ser fieles y perseverar en una nueva situación de la cultura como consagrados? Se trata de vivir a campo abierto, sin los resguardos de otro tiempo como era la estructura e incluso los edificios de la vida religiosa.

4 HACIA UNA PASTORAL VOCACIONAL

Por todo lo dicho hasta aquí acerca de la complejidad de las causas y del fenómeno de los abandonos de la vida religiosa y sacerdotal, se nos plantea una necesidad imperiosa de revisión y reflexión acerca de nuestra Pastoral de las Vocaciones y de nuestros procesos de formación. Si no se abordan estos aspectos cruciales de la vida de los institutos es muy difícil acrecentar la esperanza en un despertar floreciente de la vida consagrada.

Tenemos que asumir el hecho de los cambios que se están produciendo en nuestros pueblos, cambios acelerados por la masificación de los medios de comunicación o por el fenómeno de la globalización. El mundo se reduce a la aldea, el espacio se convierte en un medio de navegación, la razón instrumental invade todos los espacios quedando en la oscuridad y el olvido la razón metafísica y la teológica. Se busca lo práctico y lo funcional; se privilegia la velocidad de los procesos. Las vocaciones que los institutos están recibiendo proceden de un mundo muy distinto al de hace unas décadas atrás. La vida religiosa no siempre está comprendiendo esta realidad y continúa creyendo que las vocaciones son simplemente como las de otros tiempos. Podemos ser muy ingenuos en el tema.

Habría que asumir también la tardanza con que los jóvenes de hoy asumen compromisos definidos. Está siendo normal el casarse en la edad cercana a los 30 o más. Se ha extendido el fenómeno de la adolescencia ya que la sociedad privilegia modelos juveniles precoces y ve con malos ojos el proceso de la adultez. No será raro encontrar religiosos en formación que pospongan lo más posible sus decisiones vocacionales o viven en una constante indefinición.

Nuestros esquemas vocacionales están pensados para adolescentes de la primera edad (16 - 19 años) cuando la mayoría de los aspirantes están en edades de los 20 a los 30. Los programas no siempre responden a esta nueva configuración de los candidatos a la vida religiosa. ¿Responden nuestros programas a la realidad juvenil emergente en esta nueva cultura? ¿Cómo hacernos entender por los jóvenes y cómo comprendemos a los jóvenes?

Asistimos a una generalizada debilidad de la experiencia cristiana ya que la familia tradicional cristiana es más bien escasa. Los candidatos proceden de una realidad familiar y cristiana que deja mucho que desear. Nuestros esquemas de seguimiento vocacional suponen muchas cosas en los candidatos como práctica de oración personal, vida sacramental, compromiso apostólico, integración personal, experiencia de familia, etc. Muchos noviciados no corresponden a un proceso de una etapa fundamental de vida religiosa sino a un tiempo de suplencias de falencias humanas y cristianas básicas. Significa que habrá que prestarle mayor atención al tema de procesos de aspirantados y postulanzos más acordes con la realidad de nuestros jóvenes.

También habría que preguntarse por los programas de vocaciones y formación que están en vigencia en un instituto religioso. Generalmente existen planes y programas específicos, existe organización. Falta una cultura vocacional, es decir, que toda la comunidad se comprenda a sí misma como portadora, convocadora y formadora de vocaciones. Nos conformamos con destinar religiosos para trabajar en la pastoral vocacional y en la formación pero no existe, por lo general, un ambiente comunitario vocacional, encantado y entusiasta. Una vocación no es producto de una campaña, de un programa. Una vocación es un don de Dios que necesita "ver" un estilo de vida encarnado en los religiosos y visible en una comunidad.

Termino recordando que nuestra vida religiosa tiene que ser capaz de ofrecer un modo de vida o estilo de vida alternativo, una propuesta definida y claramente evangélica frente a la cultura dominante. Quienes llegan a nuestra comunidad deben experimentar el fresco aire de vida nueva que infunde Cristo Resucitado. Hay que recuperar el encanto o entusiasmo por seguir a Jesucristo. No podemos seguir ofreciendo más de lo mismo. Un joven debe notar qué significa abrazar un estilo cristiano de vida. Y esto reclama de nuestra parte más autenticidad, más humildad, más transparencia.

Si queremos vocaciones tenemos que revisar nuestra manera de vivir la espiritualidad cristiana bajo el sello del carisma propio. Una experiencia verdadera, profundamente humana y por tanto trascendente, impregnada de búsqueda de sentido y de respuesta alentadora. Una espiritualidad que nos comunique con el misterio de Dios uno y trino, que nos envuelva en una paternidad espiritual sustentadora de una verdadera fraternidad. Una espiritualidad para hoy no puede ser ligera, liviana, formalista. Es una actitud de vida, una certeza de valores evangélicos, un caminar en la dirección del encuentro con el misterio.

Necesitamos recuperar la fuerza de la misión de nuestra vida consagrada, una misión profética y escatológica. Esto significa reinstalar el Reino de Dios y su justicia. No podemos perder de vista el Reino, ya que es la clave de nuestra vida. Aquí será importante recordar que nuestra pasión no es por las obras apostólicas o de beneficencia; nuestra pasión es por el Reino de Dios que se inaugura en la persona de Cristo. ¿Qué buscan los jóvenes cuando ingresan a la Orden? ¿Están impresionados por las ventajas de una vida cómoda? ¿Buscan verdaderamente el Reino y su justicia?

No basta con lamentar la salida de algunos hermanos de la Orden; hay que preocuparse vivamente del estilo de vida que estamos llevando en la oración comunitaria, en la fraternidad, en la misión compartida, en la promoción y formación de las vocaciones. No todo se reduce a la responsabilidad de quienes nos abandonaron; también hay situaciones que no son un buen espacio para cultivar la fidelidad y perseverancia vocacional.